

Crisis y socialdemocracia

Un estudioso de la política contemporánea, Doménech Ruiz Devesa, consultor del Banco Mundial, alicantino por más señas, publicaba hace unos días un enjundioso artículo en el diario «El País», que no creo que haya pasado desapercibido. En él, Doménech Ruiz sostiene que la clave para salir de la crisis actual y prepararse para el futuro consiste en aplicar políticas socialdemócratas. Algunos analistas han apuntado en esta misma dirección; pero lo que llama la atención del artículo de Doménech Ruiz es la claridad de su análisis, algo especialmente bienvenido en estos tiempos tenebrosos.

Comienza D. Ruiz preguntándose por la tesis que Francis Fukuyama, un relevante filósofo norteamericano, planteó hace ya algunos años en su libro «El fin de la Historia y el último hombre». Fukuyama, señala Doménech Ruiz, no anunció que la Historia fuera a desvanecerse como por ensalmo y, con ella, todo lo que arrastra a su paso. Lo que dijo en realidad (y el propio Fukuyama aclaró en varias ocasiones frente a los intentos de vulgarización y simplificación de su pensamiento) es que, una vez descartada la alternativa comunista, el mundo se abriría a un modelo de convivencia basado en la economía de mercado y la democracia representativa; un modelo que, por otra parte, venía a satisfacer las más elevadas aspiraciones de libertad para el ser humano, y de justicia en la consecución del interés general.

Ciertamente, observa Doménech Ruiz, la «propuesta» de Occidente no ha obtenido un con-

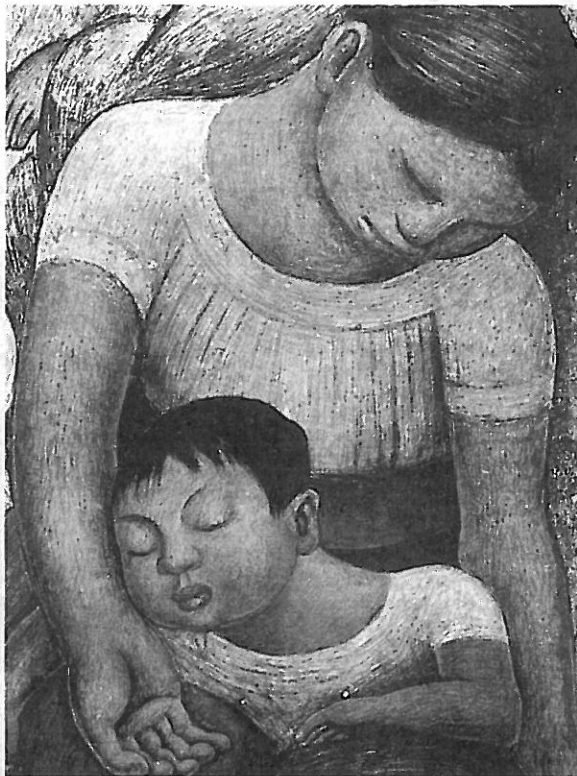


JOSÉ ASENSI SABATER

senso universal. Frente al modelo de «libertad y democracia», coincidente en todo caso con el mapa de los países ricos y desarrollados, se alza un mundo complejo y desigual, un conglomerado de civilizaciones y de culturas que se resisten (no sin buenos motivos) a ser engullidas por la «civilización occidental». El mundo sigue siendo, pues, un espacio hostil. Las guerras y los horrores que éstas traen consigo no sólo asolan los confines de la tierra, sino que golpean el corazón de los Estados Unidos, de Madrid, o de cualquier otro lugar.

Ahora bien, prosigue Doménech Ruiz, siguiendo de cerca a Fukuyama en este punto: una cosa es que existan viejas o nuevas fuentes de hostilidad, que involucren al terrorismo fundamentalista, a estados frustrados o a pueblos desesperados (con la amenaza siempre latente de una catástrofe nuclear o biológica), y otra cosa muy distinta que tales «sujetos hostiles» representen una alternativa válida en el progreso de la humanidad.

Nada de lo sucedido en las últimas décadas se puede entender sin constatar que la propuesta occidental de «libertad y democracia», una propuesta razonable y éticamente elevada, se ha desarrollado bajo un formato dañino, degradado, suicida. La economía de mercado se ha entendido



como un ámbito sin reglas, especialmente atractivo para un capitalismo financiero de tipo especulativo cuyo motor ha sido la codicia y el engaño. El sistema democrático, por su parte, se ha entendido como un espacio manejable por determinadas elites, con desprecio de la participación y la inclusión de los grupos humanos desfavorecidos.

Este esquema ha resultado fatalmente autodestructivo: aniquila la economía productiva y arroja al desempleo a millones de

personas en todo el mundo, eso sin contar con que enardece a sus adversarios y agudiza los conflictos internacionales, ya de por sí graves. Las secuelas que deja son difíciles de calcular. El fundamentalismo «neoliberal», como se le suele llamar, ha fracasado. Wall Street se ha derrumbado tan estrepitosamente como, salvando todas las distancias, el Muro de Berlín en su día. Por tanto, concluye D. Ruiz, si verdaderamente se quiere hacer efectiva un modelo de «libertad y de-

mocracia», como factor de paz y de progreso sostenible, hay que volver los ojos a las políticas socialdemócratas, a sus valores inspiradores.

Comparto el diagnóstico de D. Ruiz en sus líneas generales. Si acaso añadiría que el éxito del «proyecto neoliberal» a lo largo de estas décadas no se debió a sus propios méritos sino a la envoltura ideológica bajo la cual se presentó el paquete, al halo de prestigio que le otorgaron poderosos grupos mediáticos, cátedras universitarias, foros de ideas, expertos economistas, etcétera, todos ellos debidamente financiados con el fin de hacer creer que se vivía en el mejor de los mundos posibles, en un ciclo económico virtuoso que no tendría fin. Las ideas cuentan, al fin y al cabo.

La izquierda clásica no cuestionó seriamente el modelo neoliberal de crecimiento. Los líderes de la «nueva izquierda», como Blair o Zapatero, no se plantearon siquiera corregirlo o transformarlo mientras que funcionara y sirviera para engrosar las cuentas del Estado, sin reparar en que un gigantesco gusano se iba abriendo paso en su interior. Ahora parece que, con el impulso de Obama, vuelve a hablarse de políticas socialdemócratas. El problema es cómo actualizar los valores socialdemócratas en un contexto completamente diferente del que históricamente proceden. La cuestión está abierta, aunque trabajos como el de Doménech Ruiz arrojan luz al respecto. Un gusto. □

José Asensi Sabater es catedrático de Derecho Constitucional de la UA.